

indignos ministros de un Dios de paz creían tan poco en sus milagros, que fueron los primeros en huir; hubo de entre ellos quienes á la cobardía unieron la traición (1).

Había en la resistencia que los Suizos opusieron á las intrigas y á las armas del Directorio otro elemento además del de la dominación clerical, pues que la primera oposición vino de Berna, cantón protestante. La aristocracia daba la mano á la Iglesia, aunque la aristocracia fuese protestante y que la Iglesia fuese católica. Eran los enemigos jurados de toda libertad los que invocaban la libertad contra la república francesa. Si el Directorio hubiese tenido un justo motivo de guerra contra la oligarquía suiza, la historia debería aplaudir la caída de un régimen que pisoteaba los derechos de los individuos así como también los derechos de las poblaciones avasalladas. Pero la república francesa intervino sin derecho, y se debe censurar este abuso de la fuerza. Añadamos que el bien salió del mal. Las violencias del Directorio fueron el primer paso hacia la regeneración de un pueblo que, sin la Revolución francesa, hubiera continuado vegetando miserablemente bajo el yugo de la aristocracia y del clero. Es un beneficio que la Suiza debe á la Providencia, es cierto, mucho más que á los hombres; el Directorio buscaba el interés de la Francia y no el de sus vecinos. Felizmente que Dios vigila para que los designios egoístas de los hombres cooperen al bien general.

Se celebró un tratado entre la nueva república helvética y el Directorio. No estipulaba, como los tratados italianos y holandeses, que la Suiza tomaría á sueldo tropas francesas; era al contrario: la Suiza debía suministrar tropas á la Francia. No estipulaba que la Francia pondría guarniciones en las fortalezas suizas; la Suiza no tiene más fortalezas que sus montañas. Sin embargo, desde el año 1799, la república helvética pidió la revisión del tratado: se quejaba "que había sido impuesto con amenazas y aceptado como la ley de la fuerza y de la necesidad"; se quejaba "que su independencia no era más que irrisoria." El pueblo decía "que el gobierno suizo era una agencia del gobierno francés." Eran los generales y los comisarios del Directorio los que ordenaban; la Suiza ejecutaba sus órdenes; y cuando el gobierno se negaba, los

(1) ZSCHOKKE, *Historische Schriften*, t. III, p. 98; t. II, páginas 99, 100.

jefes del ejército francés recurrían á la violencia (1).

No creemos justificar los excesos del Directorio; pero es cierto que la dependencia de la Suiza estaba en la fuerza de las cosas. La guerra entre la república francesa y la Europa monárquica era permanente; lucha de principios que no podía terminar más que por el triunfo ó la derrota de la libertad. En este estado de cosas, la Francia necesitaba la amistad de la Suiza; ahora bien, contaba en ella muchos más enemigos que amigos; todos los partidarios del antiguo régimen, curas y nobles, le eran hostiles. ¿Qué le quedaba que hacer á la república? Hacerse dueña del país por grado ó por fuerza. El Directorio es culpable de haber violado la independencia de un pueblo libre; pero hay que añadir que además hay otro culpable en el cual recae la responsabilidad primera. No fué por amor á las revoluciones por lo que el Directorio revolucionó la Suiza: de un enemigo quería hacer un amigo (2). Era una necesidad. ¿Qué hubiera sido de la república en 1799, si la Suiza hubiese estado en poder de la aristocracia y del clero? Los Suizos debían ser los aliados de la Francia; pues bien, en el estado revolucionario en que se encontraba la Europa, en medio de una guerra de principios, los aliados de la Francia venían á ser poco más ó menos sus súbditos. ¿Quién es responsable de este estado de cosas? ¿Fué la Francia quien empezó la lucha sangrienta en que se debatían los destinos de la humanidad? Por las ideas, sí. Pero si esas ideas hubiesen sido abandonadas á sí mismas, si no hubiera habido emigración, ni conspiración de curas y de nobles, ni coalición, no hubiera habido guerra revolucionaria. No es la libertad la culpable, es el despotismo.

§ II.—El general Bonaparte.

N.º 1.—Política italiana de Bonaparte.

I.

Léase en el manifiesto que la Puerta lanzó en 1798 contra la Francia: "Por lo que se ha visto

(1) SCHOELL, *Historia de los tratados de paz*, t. v, p. 266, 270.

(2) Son las palabras del general Brune: "El único deseo del Directorio, dice, es que no haya en las fronteras de la Francia un solo gobierno que le sea hostil; quiere que el gobierno suizo adopte los mismos principios que la república francesa, á fin que las dos naciones sean amigas." (ZSCHOKKE, *Geschichte vom Kampf der schweizerischen Bergkantone, dans le Historische Schriften*, t. II, p. 283).

hasta el presente de los actos arbitrarios é insolentes del Directorio, no tiene más designio que el de perturbar el orden en el globo entero y destruir los vínculos que unen entre sí á todas las naciones. Tan pronto emplea maquinaciones secretas; tan pronto se sirve públicamente del hierro y del fuego y destruye las constituciones de los Estados, como lo ha hecho en Italia. *Por todas partes quiere arrogarse el derecho de regir, según su voluntad, todos los asuntos*, (1).

¿Cómo podía el Directorio, el más débil de los gobiernos, tener la pretensión de dictar leyes á la Europa? Los directores, obligados á cada instante á recurrir á golpes de Estado para mantener la república contra la reacción creciente del realismo, no eran de talla para conquistar al mundo. Pero el momento había llegado en el que la Revolución, después de haber desgarrado la Francia, iba á desbordarse sobre la Europa monárquica con un poder irresistible. Tenía por misión el ser conquistadora, y se halló un hombre predestinado á este papel glorioso. Á Napoleón le gustaba hablar de los destinos que debían realizarse en su persona. Diríase un héroe de la fábula, encarnación de la antigua fatalidad. Marcha á su objeto con una constancia tal que se le creería iniciado en los designios de Dios. El mismo está dominado por el destino, que él invoca. Cuando la más vulgar prudencia le aconseja detenerse, en su interés como en el de la Francia, marcha adelante como si tuviera prisa de correr á su pérdida y de arrastrar á la Francia en su ruina. Esto es que la Revolución no se ha hecho para la Francia; no es un hombre ni un pueblo quien debe aprovecharse de ella, es el mundo civilizado. Era preciso, pues, que la Revolución se difundiese al exterior; Napoleón llenó esta elevada misión.

Generalmente se distinguen dos épocas en su brillante carrera, el consulado y el imperio. Se dice que como general, no desempeñó más que un papel secundario: máquina de guerra incomparable, destruía los ejércitos del Austria en menos tiempo del en que se formaban. Á seguida se ensalza al primer cónsul; preténdese que se apropió lo que había de hermoso y grande en la Revolución, repudiando sus excesos; se puso en las nubes su *gran política* en orden á las relaciones exteriores, y se dijo que había llegado á la *perfección*. Mientras que

(1) SCHOELL, *Historia de los tratados de paz*, t. v, p. 241.

el emperador, arrastrado por su pasión al poder absoluto, se dice que olvidó los principios del 89, y se le acusa de una *ambición á la manera de los conquistadores del Asia* (1); se le critica de haberse perdido á sí mismo y á la Francia por un amor desordenado de la guerra. Creemos que es empequeñecer esa gran figura el hacer aquella división en su vida, como si hubiese sido ángel al principio, después un demonio ó á lo menos un insensato. Hay una admirable unidad en su existencia; el primer cónsul prepara al emperador, y el general presagia ya al dominador del Occidente. Hemos dicho en otra parte que el que hizo el golpe de Estado del 18 brumario no fué jamás un hombre del 89, fué siempre el hombre del poder fuerte. Era una necesidad, puesto que estaba llamado á conducir la gran nación de victoria en victoria por todas las capitales del continente. Como jefe de la república, Napoleón no es el heredero de la Revolución: el primer cónsul empieza la reacción y el emperador la continúa. Pero como jefe armado de la Revolución, Napoleón continúa la obra del 89; destruye la Europa feudal, pisoteándola. El general, el primer cónsul y el emperador son uno solo y mismo personaje, instrumento en las manos de Dios para la regeneración de la humanidad.

Napoleón, general en jefe del ejército de Italia, se halla bajo las órdenes del Directorio. Pero ¿cómo ejecuta las instrucciones que se le envían? No hace ningún caso de ellas. Tiene sus proyectos, que continúa á pesar de los directores: republicarizar la Italia, manteniéndola bajo su influencia. El general se conduce ya como un emperador en su imperio. Conocemos la política del Directorio. Su ambición era completamente francesa; quería consolidar la república, asegurándola los límites del Rin. Si Napoleón hubiese sido hombre á propósito para doblegarse á la voluntad nacional, aún sería hoy república la Francia, y poseería el magnífico territorio que llama sus fronteras naturales. Pero el joven general era de la raza de los reyes, personal y egoísta como ellos. Apenas había batido al ejército austriaco, escribió al Directorio: "Haced una declaración por la que se tomen bajo la protección de la Francia los pueblos de la Lombardia, Módena, Reggio, Bolonia y Ferrara" (2). ¿Es

(1) THIERS, *Historia del consulado y del imperio*, conclusión al fin del t. v de la edición grande en 8.º

(2) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. I, p. 259 (de la edición grande en 8.º de Bruselas).

por amor á la república por lo que Bonaparte republicaniza la Italia á pesar del Directorio? Al oírlo se diría un sectario de Anacharsis Cloots que sueña con la república universal. Escribe desde Egipto á los directores: "Nuestros cuidados son todos por la Francia. Si los reyes la atacan, encontraréis en el genio guerrero de la nación y en vuestros generales medios para hacerles funesta su audacia. *El más hermoso día para nosotros será aquel en que se nos haga saber la formación de la primera república en Alemania*," (1). No debemos hacernos ilusiones con las palabras. El general Bonaparte es republicano á la manera del pueblo rey. Inscribe la palabra *libertad* en su bandera, pero la *libertad* para él, como para los Romanos, significa *dominación*. Es lo que él mismo va á decirnos.

II.

Nada hay de más bello en las victorias de la gran nación que la conquista de la Italia; el joven general difunde en todas sus hazañas la brillantez de su genio y el encanto de la juventud. El lenguaje está en armonía con la grandeza de los actos. Cuando Bonaparte habla á los Italianos, es para llamarlos á la independencia y á la libertad. Diríase uno de esos héroes que tienen por misión el ser los bienhechores de la humanidad. En su proclama al ejército de Italia, el vencedor de los Piamonteses y de los Austriacos dice: "Pueblos de Italia, el ejército francés viene á romper vuestras cadenas; el pueblo francés es el amigo de todos los pueblos. Venid á nosotros con confianza; vuestras propiedades, vuestra religión, vuestras costumbres serán respetadas," (2). El respeto que Bonaparte promete á la religión de los Italianos no es de un republicano francés; los directores, fieles órganos de la Revolución, hacían una guerra á muerte al catolicismo; si el general hubiera seguido esas inspiraciones, hubiese perseguido las supersticiones católicas á sangre y á fuego. Pero Bonaparte no era revolucionario sino para tener más facilidad en conquistar. Para él, la Revolución es el medio, la conquista es el fin. Escuche-

(1) Carta del 10 mesidor, año VII, escrita en el Cairo (*Correspondencia de Napoleón*, t. v, p. 623).

(2) Proclama del 7 floreal, año IV (*Correspondencia de Napoleón*, t. i, p. 220).

mos la proclama que dirige á los habitantes de la Lombardia:

"La república francesa, que ha jurado *odio eterno á los tiranos*, ha jurado también *fraternidad á los pueblos*. Este principio, que la constitución republicana ha consagrado, es el del ejército. El déspota que desde hace tanto tiempo avasallaba la Lombardia, ha causado grandes males á la Francia; pero los Franceses saben que la causa de los reyes no es la de los pueblos. El ejército victorioso de un monarca insolente debía indudablemente esparcir el terror en la nación en donde obtenía sus victorias. Un ejército republicano, *obligado á hacer una guerra á muerte á los reyes*, que combate, *consagra amistad á los pueblos que sus victorias emancipan de la tiranía*," (1). Para comprender lo que quiere decir ese magnífico lenguaje, es preciso recordar que los tiranos se llamaban emperadores de Austria, y que se trataba de arrojarlos de Italia. Cuando Bonaparte encuentre en su camino una república que le contrarie, no vacilará en sacrificarla, abandonándola á esos horribles tiranos contra los cuales subleva ahora á los Italianos. Entre tanto les habla como podía hacerlo un Bruto: "Que los pueblos estén tranquilos; *somos amigos de todos los pueblos*, y muy especialmente de los descendientes de los Brutos, de los Escipiones y de los grandes hombres que hemos tomado por modelos. *Restablecer el Capitolio*, colocar en él con honor las estatuas de los héroes que se hicieron célebres, *despertar al pueblo romano, adormecido por muchos siglos de esclavitud*: tal será el fruto de vuestras victorias. Formarán época en la posteridad. *Tendréis la gloria inmortal de cambiar la faz de la más hermosa parte de la Europa*," (2).

Bonaparte dirigía estas ardientes palabras á sus *hermanos de armas*. Los Italianos desconfiaban del ardor francés; ántes de lanzarse en los azares de una insurrección, querían seguridades contra la vuelta del yugo que se les inducía á sacudir. Bonaparte escribió al Directorio el 11 vendimiario, año V: "Los pueblos de la Lombardia se pronuncian cada día más; pero hay una clase muy considerable que desearía, ántes de arrojar el guante al emperador, el ser invitada á ello por medio de una

(1) Proclama del 30 floreal, año IV (*Correspondencia de Napoleón*, t. i, p. 359).

(2) Proclama de Bonaparte á sus hermanos de armas, del 1.º prairial, año IV (*Correspondencia de Napoleón*, t. i, p. 369).

proclama al gobierno, especie de garantía del interés que la Francia tomaría en este país en la paz general," (1). Los directores tenían muy distintos proyectos; querían que la conquista de la Lombardia viniese á ser un medio de arrancar al emperador la cesión de los Países-Bajos. No cesaban, pues, de recomendar á su general la más prudente circunspección. Bonaparte dejaba hablar al Directorio y hacía revoluciones por su cuenta.

Desde que fué dueño de Milán, escribió al Directorio: "De aquí van á salir los periódicos, los escritos de toda especie que incendiarán la Italia, en donde la alarma es muy grande. Si este pueblo quiere organizarse en república, ¿se le debe conceder? Este país es mucho más patriota que el Piamonte; está más cerca de la libertad," (2). En vano trataba el Directorio de calmar ese entusiasmo; el vencedor de Italia seguía su camino. Hallaba un obstáculo en la pronta sumisión de los príncipes; se adelantaban á la dependencia y ofrecían, quién su amistad, quién su neutralidad. Esto no impedía á Bonaparte el sembrar gérmenes de revolución. Así es como consiguió sublevar la ciudad de Reggio contra el duque de Módena, aunque éste hubiese hecho aceptar su neutralidad por el Directorio. Cuando las demás ciudades del ducado hubieron seguido este ejemplo, Bonaparte declaró que el duque *había perdido la confianza de la república francesa* (3). Algunos años después, el general, hecho emperador, escribía en el *Moniteur*: *Tal casa ha cesado de reinar*. La fórmula difiere, el sentido es el mismo. Es un hombre que dispone de los tronos y de los pueblos.

¿No había otro sentimiento en los llamamientos dirigidos por el joven conquistador á la Italia más que la pasión egoísta de la conquista? Napoleón era Italiano; debía sentir, mejor que los Franceses, la vergüenza de la servidumbre secular que pesaba sobre su primera patria. Las palabras que dirige á los habitantes de Reggio salen de un corazón italiano: "Tiempo es, *en fin*, que la Italia también se cuente entre las *naciones libres y poderosas*," (4). El Directorio se negaba á hacer promesa alguna á

los Italianos. Bonaparte no vacila en prometerles la independencia como premio de la lucha. Escribió á la administración general de la Lombardia: "Apruebo el celo que anima al pueblo de Lombardia: acepto los valientes que quieren venir con nosotros á participar de nuestra gloria... La libertad de la Lombardia será la recompensa de sus esfuerzos," (1).

Á su voz, la Lombardia se organiza. Bonaparte, dichoso con el despertar de una generosa nación, escribe al Directorio: "El entusiasmo más vivo y el patriotismo más puro animan á los Lombardos. Ya ven revivir la antigua Italia," (2). ¿No había de participar de esas esperanzas el joven general? Un congreso se reunió en Milán; Bonaparte le dió un estímulo que parecía salir del corazón: "*Si la Italia quiere ser libre, ¿quién podrá en adelante impedirselo?*" (3). La libertad es un derecho inalienable de los pueblos; pero para que la disfruten, es preciso que se hagan dignos de ella. Por eso el vencedor del Austria trata de reanimar la energía, la fuerza, sin las cuales no hay nacionalidad. Escuchemos su carta al presidente del congreso cispadano: "*La miserable Italia* está desde hace mucho tiempo borrada del cuadro de las potencias de la Europa. Si los Italianos de hoy son dignos de recobrar sus derechos y de darse un gobierno libre, se verá algún día á su patria figurar gloriosamente entre las potencias del globo," (4). Esta expresión de *miserable Italia* se lee más de una vez en las proclamas y las cartas de Bonaparte á sus compatriotas. ¿No es el amargo sentimiento del Italiano, mezclado con la esperanza de una regeneración? El general escribió á la municipalidad de Venecia: "En todas las circunstancias, haré todo lo que esté en mi poder para daros pruebas del deseo que tengo de ver *consolidarse vuestra libertad*, y de ver la *miserable Italia* colocarse, en fin, *con gloria, libre é independiente de los extranjeros*, en la escena del mundo, y volver á tomar entre las grandes naciones el rango al cual la llaman la naturaleza, su posición y el destino," (5).

(1) Carta del 17 vendimiario, año V (*Correspondencia de Napoleón*, t. II, p. 54).

(2) Carta del 26 vendimiario, año V (*Correspondencia de Napoleón*, t. II, p. 73).

(3) Carta del 20 frimario, año V (*Correspondencia de Napoleón*, t. II, p. 199).

(4) Carta del 12 nivoso, año V (*Correspondencia de Napoleón*, tomo II, p. 286).

(5) Carta del 7 prairial, año V (*Correspondencia de Napoleón*, tomo III, p. 91).

(1) Carta del 11 vendimiario, año V (*Correspondencia de Napoleón*, t. II, p. 36).

(2) Carta del 28 floreal, año IV (*Correspondencia de Napoleón*, tomo I, p. 345).

(3) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. I, p. 359.

(4) Proclama del 16 vendimiario, año V (*Correspondencia de Napoleón*, t. II, p. 51).

III.

Esas promesas, se dice, esas esperanzas condujeron á colocar la Italia en manos de un nuevo amo, de aquel mismo que la había llamado á la libertad. Sí, la Italia no hizo casi más que cambiar de dominación. Pero ¿quién tiene la culpa? La historia no debe atribuirlo únicamente á la ambición de un hombre. No dependía de Napoleón el dar la libertad á los Italianos; podía vencer los ejércitos austriacos, podía crear repúblicas. Pero ¿qué hubiera sido de la Italia, si la hubiese abandonado á sí misma? En vano el general decía que la Italia sería libre, si lo quería: no tenía aún la fuerza de quererlo. Hubiera necesitado la virtud militar para defender, con las armas en la mano, la independencia que la Francia le había dado. Desgraciadamente la raza que en otro tiempo había vencido al mundo carecía completamente del espíritu militar. Bonaparte se queja de ello con amargura. Después de consumirse en esfuerzos estériles, escribió en el año VI al ministro de negocios extranjeros: "Conoceis poco á estos pueblos... Os imagináis que la libertad hace hacer grandes cosas á un pueblo flojo, supersticioso, bufón y cobarde... No tengo en mi ejército un solo Italiano, excepto, creo, mil quinientos perdidos, recogidos en las calles de diferentes ciudades de Italia, que merodean y que no son buenos para nada... Es una nación muy enervada y muy cobarde," (1).

Nos entristece el trascibir el juicio riguroso hecho por un Italiano respecto á los Italianos; desde que Bonaparte escribió estas duras palabras se han templado en la escuela de la desgracia. Como se ve á fines del siglo XVIII, la decadencia moral iba á la par de la decadencia política. Es preciso insistir en este doloroso asunto, es preciso poner el dedo en la llaga, á fin de descubrir la causa del mal; entonces nos será permitido el censurar al verdadero culpable. Bonaparte dice en su carta dirigida al ministro de negocios extranjeros: "No he tenido, desde que estoy en Italia, como auxiliar el amor de los pueblos por la libertad y la igualdad... Todo lo que es bueno para dicho en proclamas, en discursos impresos, no son más que

(1) Carta del 16 vendimiario, año VI (Correspondencia de Napoleón, t. III, p. 488).

cuentos... No hay ninguna exageración en esas quejas amargas: los Italianos hicieron motines contra el ejército que los había libertado del yugo del Austria, no hicieron ningún esfuerzo para conservar el principio de independencia que debían á Napoleón.

¿Quién había ahogado en el alma de los Italianos el amor de la libertad que Dios da á todo el que tiene vida? Bonaparte contestará por nosotros. Después de haber creado la república cispadana, llamó á los Italianos á elegir sus representantes. Va á verse qué viene á ser la libertad allí donde reina la superstición. El general escribe al Directorio: "Recibo en este momento noticias de la república cispadana. *Lo elegido ha sido muy malo.* Los CURAS han influido EN TODAS LAS ELECCIONES; algunos CARDENALES y algunos OBISPOS han venido expresamente de ROMA para dirigir lo que debiera elegir el pueblo... La república cispadana, como la Lombardía, tiene necesidad de un gobierno provisional durante tres ó cuatro años, durante los cuales se tratará de disminuir la INFLUENCIA DE LOS CURAS, sin lo cual NO HABRÉIS HECHO NADA DÁNDOLES LA LIBERTAD. En las aldeas, DIC-TAN LAS LISTAS é influyen TODAS LAS ELECCIONES. Voy á comenzar por reunir, bajo un gobierno provisional, la Lombardía y la Cispadana; después de esto, tomaré medidas que se concilien con sus costumbres, para disminuir allí la influencia de los curas é ilustrar la opinión," (1).

No es un enemigo de los curas, no es un filósofo el que escribe esas palabras; es el restaurador de los altares, aquel que la Iglesia reconocida comparó con Constantino y con Carlo-Magno. Apenas proclamada la libertad, fué preciso suspenderla; los Italianos no eran dignos de ser libres, porque estaban envilecidos por el fanatismo, y su ceguera era explotada por aquellos mismos que alimentaban la ignorancia y la superstición. ¿Qué es la libertad para un pueblo que es el esclavo de los curas? Un instrumento de dominación en las manos de la Iglesia. Los curas usaban de su imperio sobre las almas para sublevar los Italianos contra sus libertadores; fanatizaban las masas por medio de milagros fabricados para las necesidades de la causa. Fué necesario que los generales franceses

(1) Carta del 12 floreal, año V (Correspondencia de Napoleón, tomo III, p. 19).

prohibiesen á los obispos que hicieran milagros que el clero inventaba para calumniar á la Francia (1).

Que sirva esta lección á los pueblos modernos. Se trata de adormecerlos con una engañosa alianza entre la libertad y el catolicismo. Que consulten la historia; verán por todas partes á la Iglesia enemiga mortal de la libertad; allí donde en apariencia la favorece, se sirve de ella como de un instrumento de dominación; de modo que el primer uso que los pueblos hacen de su libertad consiste en volver á tomar sus cadenas; ¡Dios nos libre de semejante libertad! Ahora conocemos al verdadero culpable. Maquiavelo acusa á los papas de haber impedido la independencia de la Italia para asegurar su dominación; acusa también á los papas de haber hecho de los Italianos un pueblo sin religión, sin fe, ni ley. Hay que añadir que las clases inferiores, por lo tanto la masa de la nación, fueron embrutecidas por medio de una vergonzosa superstición. La hipocresía y la gatzmoñería daban la mano á la incredulidad; tal era la llaga de la Italia, tal era la causa por la cual el vencedor del Austria no pudo dejar la libertad á los Italianos.

Es Napoleón mismo quien nos lo dice. En las negociaciones que precedieron á la paz de Campo-Formio, sostuvo que la Francia tenía, no tan sólo el derecho de exigir los límites del Rhin, sino también un Estado en Italia que alimentase en él la influencia francesa y mantuviese en su dependencia á la república de Génova, al rey de Cerdeña y al papa. "Si alguna vez, decía Bonaparte, los Franceses vuelven á pasar los Alpes sin conservar un auxiliar poderoso, se verá á las aristocracias de Génova, de Venecia, y al rey de Cerdeña, unirse al Austria con vínculos indisolubles, influidas por la necesidad de garantizar su existencia interior contra las ideas democráticas y populares... Pontifices, reyes y nobles se reunirán para defender sus privilegios y cerrar los Alpes á los Franceses como á las ideas modernas," (2).

Bonaparte hubiera podido añadir que la república cisalpina por sí misma no estaba en estado de defenderse. Lo sabía muy bien, pues que la colocó bajo la dependencia absoluta de la Francia. Pero si

(1) Carta del general Baraguay d'Hilliers al general Bonaparte, del 29 vendimiario, año V (Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte, t. II, p. 213).

(2) Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État, t. I, página 400.

los Italianos no estaban maduros para la libertad, ¿por qué constituirlos en república? Muchos sentimientos influían en el joven general para inducirle á republicanizar la Italia. El amor á la república no fué en él más que un sentimiento pasajero; el patriotismo italiano podía entrar por algo en él; pero, ante todo, le guiaba el interés de la Francia: no el interés tal como lo comprendía el Directorio, sino su interés personal, es decir, una ambición sin límites. En rigor, la república francesa podía subsistir sin que la Italia estuviese bajo su dependencia, mientras que un poder excesivo era como una muralla que se levantaba entre ella y la Europa. Esto es decir que el general Bonaparte preludiva el papel de primer cónsul y de emperador. Ya su ambición arrastraba la república fuera de los límites dentro de los cuales hubiera debido contenerse para hacerse aceptar. Pero si la Francia, después de algunos años de gloria sin igual, perdió hasta sus fronteras naturales, por otra parte llenó la misión que la Providencia le había dado, la de remover al mundo y propagar los principios de su civilización.

N.º 2.—Roma, Venecia y el Piamonte.

I.

El general Bonaparte, en su correspondencia confidencial, demuestra poca estimación por los Italianos; hubiera debido reservar su desprecio para los miserables gobiernos que envilecieron una nación bien dotada entre todas las que cubren el globo. Él mismo no ocultaba el desden que le inspiraban los pequeños soberanos que reinaban allí donde en otro tiempo habían brillado poderosas repúblicas. Ya en el año IV escribía al Directorio: "Esos pequeños príncipes tienen necesidad de ser manejados un poco; apreciarían más una nota que viniere del ejército que de nuestros diplomáticos: el miedo solamente los hace tan honrados y respetuosos, que podría llamárseles bajos," (1). Bonaparte empezó por exigirles rescate, enseguida los destruyó. El historiador casi no puede quererle mal por esos actos de violencia. Es la justicia que cae sobre los culpables. Es cierto que el vencedor no

(1) Carta al Directorio, del 17 floreal, año IV (Correspondencia de Napoleón, t. I, p. 283).